

## DEL TRIUNFALISMO EN LOS DEMOCRATAS

dación del programa político unitario de ruptura democrática que abra un período constituyente en base a las libertades democráticas, la libertad sindical, la amnistía sin exclusiones y los derechos políticos de nacionalidades y regiones. Esta comisión de enlace no está reunida ya, como sería de esperar, trabajando día y noche en lo que es urgente en unos momentos que el señor Ruiz-Giménez no ha vacilado en calificar así: "El momento actual es extremadamente grave y de enorme trascendencia". Lo es, efectivamente, probablemente mucho más grave de lo que trasciende. Hay fuerzas que no domina el Gobierno, como hay fuerzas que no domina la oposición. Pero a la oposición se le van a cargar en cuenta las que puedan suceder ahora, en el llamado "otoño caliente", como al Gobierno se le van a achacar los sucesos que produzca su represión. Y quizá haya "poderes fácticos", como dice el eufemismo del comunicado de la oposición, que se apresuren a culpar a la oposición y al Gobierno de lo que vaya a suceder y decidan dirimir la cuestión por sus propias vías.

El hecho de que frente a esta enorme urgencia y esta gravedad que supera lo que comúnmente se dice la comisión de enlace espere hasta el día 26 para reunirse en Valencia por primera vez y comenzar su laboriosa gestación, aparece como un retraso grave. Puede incluso ser ganada por la mano por el Gobierno, que, a pesar de una lentitud increíble, está dando ya los pasos definitivos, que pueden estar ultimados en el Consejo de este viernes y dar origen a una declaración del presidente del Consejo de Ministros, ya con carácter de programa y con carácter también irreversible. No parece que ante este ultimátum que está brotando de las fuentes oficiales y

que cada día se perfila más, la oposición tenga una respuesta preparada. Hay que advertir que tras un programa definitivo de reforma, el Gobierno ya no tendrá más que dos posibilidades: el llevarlo adelante, con todos los recursos de la fuerza a su disposición, que son muchos —y que son cada vez más, por la disminución continua de la oposición de derechas, que se va encontrando, salvo viejos dinosaurios que están condenados a la extinción de su especie, asumida por la cortedad del programa gubernamental—, o dimitir. Va a intentar lo primero, lo cual puede precipitar lo segundo. Con una incógnita para el futuro.

El triunfalismo con que se está magnificando la junta amplia de la oposición democrática, o el "Pacto de Madrid", no debe ser desmesurado. Es cierto que se trata de algo con carácter histórico, sobre todo como increíblemente posible después de los años de rencillas en la persecución en la clandestinidad. Pero no basta con estar: también hay que ser. Cada uno de los grupos reunidos en esa junta deberá olvidar sus temas menores, e incluso aplazar algunos que son o parecen mayores, pero no puede obviar la necesidad de crear una verdadera organización democrática con una verdadera alternativa.

La moderación es siempre una virtud. Como la prudencia. Pero en ciertos momentos es preciso, sobre todo, la decisión. La oposición democrática no puede dejar de tener en cuenta en la alternativa que ofrezca las condiciones de existencia y la presencia real de fuerzas que le son hostiles ahora, pero que forman parte del entramado del país. Esa es la base de una moderación que debe actuar siempre dentro de los límites obligatorios de la democracia —es decir, aquellos que la califican verdaderamente de democracia—, pero no debe confundirse prudencia y moderación con lentitud. Es una lucha contra reloj. ■

# Gobernar y mandar

El señor Presidente del Gobierno ha dicho al entrevistador del *Paris Match*, aparte otras cosas motivadoras de estupor, esta frase lapidaria: "La oposición no tiene experiencia alguna de gobierno".

¿Quién puede discutir tal aseveración? La frase tiene la forma lógica que se denomina coloquialmente "de perogrullo", es decir, de innecesaria evidencia. En efecto, nadie que esté lo que se dice en sus trece tiene duda acerca de que durante el franquismo gobernó jamás la oposición antifranquista. Pues no faltaba más. Es cierto que hay señores que nos advierten, sin la menor connotación humorística, que la dictadura franquista no fue tal, y que nada más lejos del talante del general Franco que el talante de dictador. Como yo no conocí al general Franco no puedo discutir si esto que se dice acerca de su talante es verdad o falsedad. Lo que sí afirmo, con toda cautela desde luego, es que, si era verdad que no tenía talante de dictador, sabía disimularlo. Pero, en fin, no se trata ahora de esto. Nada descubro, ni siquiera a mis compatriotas más jóvenes que yo, si les recuerdo que

durante el franquismo a lo más que tuvo acceso la oposición fue a la experiencia de su precaria existencia, y sabido es que apenas intentaba emerger era de nuevo sepultada por procedimientos de muy dispar calidad, incluidos los extremosamente persuasivos.

Pese a la formulación evidentiísima del señor Presidente, su frase es, por generalizada, inexacta. Queda algún que otro componente de la oposición que sí, que gobernó y, por tanto, que tiene experiencia de gobierno. He aquí, por ejemplo, al señor Gil-Robles; y no entro a dirimir ahora si, desde mi punto de vista, su gobernación fue buena o mala, incluso si de ella misma, como polvo que era, derivaron estos últimos y penúltimos lastimosos lodos. Aparte esta excepción (y quizá alguna otra en la que no caigo en este instante), es en efecto cierto que la oposición no gobernó. Pienso que al señor Presidente del Gobierno, que con la mayor probabilidad no es de la oposición, debióle ocurrir lo mismo, a saber: que antes de gobernar no gobernaba y, en consecuencia, que antes de gobernar no tenía experiencia alguna de

gobierno. Aun cuando sus biógrafos nos hablan de sus tempranas, precoces aspiraciones a esta noble tarea del gobierno de gentes, es de imaginar que allá por la fecha en que llevara a cabo su Primera Comunión, el señor Presidente no debía tener experiencia alguna de gobierno; que, naturalmente, seguía sin tenerla en el punto y hora en que comenzó a gobernar; y, finalmente, que la adquirió gobernando. Es exactamente lo mismo que me ocurrió a mí cuando decidí andar: nada sabía de este quehacer antes de iniciarlo, y —¡oh, prodigio!— aprendí a andar andando.

Pero toda esta disertación tiene sentido en el supuesto de que el señor Presidente y yo nos refiramos a lo mismo cuando usamos la palabra "gobernar". ¿Gobernar el señor Presidente del Gobierno? ¿Experiencia de gobierno el hoy señor Presidente? Me temo que el señor Presidente haga sinónimos "gobernar" y "mandar"; yo, desde luego, no. Mandar, sí que ha mandado el señor Presidente desde sus años mozos, y experiencia de mando la posee en abundancia; de mando delegado, de un mandar, a

su vez, mandado y fielmente obedecido. Pero gobernar, no. Gobernar es otra cosa, de la cual el señor Presidente y yo, que soy más viejo que él, podemos saber por los libros, pero no de otra manera, por la sencilla razón de que ni a él ni a mí se nos dejó saberlo de verdad, es decir, practicarlo. Y cuando digo esto no me estoy refiriendo al saber gobernar desde los altos puestos, sino de una modesta forma, aquella a la que yo personalmente aspiro, y que consiste en la facilísima, periódica y nada esforzada tarea de depositar un papel en el interior de una urna. Fijese el señor Presidente cómo llevo razón: ni la por él descalificada oposición, ni él mismo, ni yo tenemos experiencia alguna ni tan siquiera de esa forma elemental de gobernación que caracteriza al ciudadano, impelido a ejercer ese derecho de ciudadanía consistente en elegir sus gobernantes. Unos gobernantes no para mandar, que esos no precisaron nunca ser elegidos, sino para gobernar, es decir, para obedecer a los que le eligieron. ■ CARLOS CASTILLA DEL PINO.